

miento pueden obtenerla. Hoi no puede bajar sobre vos el perdón del cielo; no puedo absolveros. — Imaginad el efecto que producirá el no verme comulgar: todos los años cumplo públicamente con este deber, de que no puedo desentenderme: me perdeis, padre mio, si me negais la absolucion. — Y si os absuelvo, me pierdo á mí mismo. — En nombre de Dios que está delante de nosotros. — En nombre de este mismo Dios, debo yo resistir. ¿Pensais acaso que un tardo arrepentimiento, causado por el temor de la infamia pública, pueda desarmar su justicia? La bondad de Dios es infinita; pero vuestro crimen es horrible: la sangre de aquellos desgraciados

pide una larga expiacion. — ¡Oh, Dios mio! ¿qué creará mi padre? ¿podrá soportar la vergüenza que va á caer sobre nosotros? Morirá sin duda. ¡Ah! por piedad, tened compasion de sus canas.» Dijo, y cayó en el suelo inundada en sus lágrimas.

El párroco permaneció algun tiempo abismado en una terrible incertidumbre: sus facciones descompuestas publicaban la emocion de su alma. Haciendo por fin un violento esfuerzo sobre sí mismo, dijo á Varinka: «Escuchad: las virtudes de vuestro padre, y el temor de añadir otra víctima á vuestros delitos van á hacerme culpable. Preparaos para el jueves próximo, y mezclándoos con la mu-

chedumbre de los fieles al tiempo de comulgar, me detendré un instante delante de vos, y se creará.... ¿Me entendéis?... — ¡Padre mio!.... — Es todo lo que puedo concederos, y es demasiado.... A Dios: rogad y llorad. En este momento se levantó y desapareció á los ojos de Varinka.

El párroco no pudo disimular en su casa la turbacion de su alma. Su hija se dirigia continuamente á acariciarle; pero permanecia inmóvil. Su muger se alarmó. Esta era una persona de buen carácter, entregada esclusivamente al desempeño de sus obligaciones, como lo son generalmente las mugeres de los párrocos rusos; pero su carácter demasiado débil se

dejaba llevar con facilidad de las preocupaciones populares: su salud era tan débil, que se trastornaba á la mas ligera emocion. Luego que se acostó su hija, que hasta entonces la habia contenido, manifestó toda su inquietud.

Amigo mio, le dijo á su marido, ¿te ha sucedido alguna desgracia? confiame tus penas. — Nada tengo absolutamente, nada; vete á descansar; quiero rogar á Dios antes de acostarme. — Me engañas, y quieres ocultarme alguna cosa. — No, tranquilízate, nada hai. — Hace veinte años que estamos unidos, y jamas te he visto con un semblante tan triste. Estoy segura: alguna desgracia nos amenaza. — No, lo que me agita nada tiene que

ver con nuestra familia. Tus preguntas me conmueven: te ruego que me dejes. — ¿Así me despojas de tu confianza? — Con una sola palabra podria satisfacer tu curiosidad. Todo proviene de una revelacion hecha en el tribunal de la penitencia. — No puedo creerlo. El secreto de otra persona no podria afligirte tan vivamente. Pero ¿cómo podré olvidarlo? hoi es lunes, añadió supersticiosamente, y este dia es de mal agüero; esta mañana me encontré con un entierro. ¡Ah! no dudo que ha muerto mi padre: no volveré á verle mas.

Esta idea redujo á la pobre muger á un estado próximo á la desesperacion, y lanzaba los mas espantosos gemidos. Nada podia so-

segarla, y repetia sin cesar: «Mi padre ha muerto.» El mal se aumentaba por momentos. De repente se le contienen las lágrimas y le acometen fuertes convulsiones. A este espectáculo se turbó el párroco; teme la duracion de un mal que puede ser funesto; en fin, temiéndolo todo de la debilidad de su muger, le hace jurar que guardará el mas profundo silencio acerca del misterio que vá á confiarla... ella jura, escucha, y está declarado el secreto de la confesion....

Apenas habia acabado de hablar el párroco, cuando conoció la enormidad de su falta. Las reiteradas promesas de su muger no pudieron tranquilizarle.

Entre tanto la niña Arina que

dormia en un aposento inmediato, se despertó á los gritos de su madre. Deseosa de saber el motivo, se levanta sin hacer ruido, se coloca detras de una puerta entreabierta y escucha todo el secreto. Las circunstancias accesorias las escuchó con la atencion propia de su edad; pero como habia oido hablar muchas veces del incendio de la taberna colorada, luego que su padre dijo que la habia quemado la hija del General, Arina fijó mas su atencion, y esta circunstancia la grabó profundamente en su memoria. No dudando que era una accion reprehensible escuchar furtivamente, se impuso á sí misma la lei de no decir una palabra, y se volvió á acostar.

Llegó por fin la pascua: este dia, tan solemne en toda la cristiandad, le celebran los rusos con una pompa extraordinaria. Se felicitan mutuamente por la resurreccion de nuestro Señor: se abrazan en las calles, se alegran, olvidan sus resentimientos. Se ve á los amos sentados á la mesa junto á sus criados, los esclavos abrazar á sus dueños, y aun los Soberanos reciben los abrazos de sus súbditos. Todas las clases se confunden y se igualan delante de Dios. En este dia los rusos forman una sola familia.

La ceremonia de la resurreccion es nocturna. El sábado santo á las diez de la noche se reúne el pueblo en las iglesias. El Gene-

ral fué á la parroquia con todos los oficiales de la guarnicion, y precedido de sus criados. Varinka se colocó entre las señoras principales cerca del altar mayor; su padre estaba á la izquierda: la muger y la hija del párroco estaban entre la concurrencia cerca de Varinka.

El templo estaba obscuro: las lámparas de oro y plata despiden rayos mui débiles sobre el sepulcro del Señor. Los ministros entonan á media voz salmos de llanto. Se concluye el oficio que precede á la Misa: el reloj de la parroquia va á dar las doce. Las campanas de todas las iglesias esperan la señal para anunciar la resurreccion. Ya los ministros lle-

van silenciosamente el cuerpo de Cristo por detras del santuario. El pueblo libertado de la obscuridad se ve iluminado repentinamente por millares de luces. El presbítero va á anunciar con voz fuerte la resurreccion: un silencio religioso reina en el templo.

Entonces la pequeña Arina por un impulso de curiosidad procura ver la ceremonia al traves de los que estaban delante. Empezaba á ver algo, cuando un criado del General, sintiéndose movido por ella, la miró bruscamente; y sin hacerla caso la pisó con tanta fuerza, que la pobre niña dejó escapar un agudo grito. Enfadada consigo misma, dijo en alta voz:

«¿Por qué me maltratais de ese modo? ¿es acaso porque sois de la familia de la hermosa dama que quemó la taberna colorada?... La taberna colorada....»

A estas palabras todos fijaron sus ojos en Varinka, la que cayó desmayada sobre el mármol del pavimento. Las últimas palabras de la niña se repitieron por todos los circunstantes: el General llegó á oirlas. Se notó un murmullo en toda la iglesia, hasta que se llevaron á Varinka. El relox da las doce, se publica la resurreccion y continúa la ceremonia.

El General, lleno de inquietud, subió en el trineo de su hija y la prodigó los mas tiernos cuidados. Al cabo de una hora recobró los

sentidos. Entonces hizo retirar á los criados, y dirigiendo á Varinka una mirada severa y penetrante, la pidió una esplicacion de lo que acababa de ver y oir. «Hace algun tiempo, la dijo, que noto en ti un aire misterioso que te acusa. No pienses engañarme por mas tiempo; exijo una confianza absoluta: lo que acaba de suceder me da un derecho para exigirla.»

Varinka desesperada vió que nada podia eximirla de esta esplicacion. Su secreto estaba descubierto con escándalo público por uno de aquellos golpes de que los hombres son el instrumento, pero en que conocemos la mano de la Providencia. Vencida por el destino, lo declaró todo, confesando desde las primeras circunstan-

cias de sus relaciones con Fedor.

Un rayo no le hubiera causado mayor espanto que el que experimentó el General al escuchar la relacion. Su noble frente se cubrió de vergüenza, y permaneció algun tiempo como enagenado por esta terrible confianza. Esta imagen que acusaba á su hija, cuando la creía inocente y pura, le parecia un sueño que atormentaba su imaginacion: queria desechar tan funesta memoria; pero demasiado seguro de su desgracia, exclamó con el acento de la desesperacion. «¡Qué! ¡estoi deshonrado por la misma que formaba la felicidad y la gloria de mi vida! Encuentro un corazon inhumano, una alma llena de crímenes en mi hi-

ja, en el único objeto de mi ternura. Pronto á reunirme con mi Criador, yo llevaré á la tumba la vergüenza con que ella cubre una familia respetable. ¡Hija cruel! ¿es de mí de quien has recibido el ser? ¿fue tu angelical madre la que llevó en su seno un mónstruo como tú? ¡Gran Dios, y no vivia yo mas que para ella! ¿Pero cómo detener el golpe que amenaza á la culpable? Bien pronto la voz pública informará al Soberano de tus delitos y mi deshonra. — ¿Qué digo? yo mismo debo avisarle; debo acusar á mi propia sangre.... No, no puedo. Toma la pluma y escribe todo lo que acabas de decirme, sin desfigurarlo ni omitir nada: lo quiero y lo mando. El

que pasó su juventud entre la hipocresía y la ficción, se verá precisado á decir la verdad á su juez y á su Soberano.

Varinka, abrazando las rodillas de su padre, lloraba amargamente. No osaba levantar los ojos á su aspecto indignado; le parece que una maldición eterna cae sobre su cabeza; comienza su suplicio. Temblando, pero resignada, toma la pluma y escribe su acusacion.

El General se retiró á su gabinete, y mandó llamar al párroco que habia recibido la confesion de su hija: este declaró llorando su falta, y dejó ver un arrepentimiento tan sincero, que aplacó la cólera del General; pero no estaba en su mano desfigurar los hechos, ni

sustraer al párroco de la severidad del Emperador.

Varinka, luego que quedó sola, hizo una exacta relacion de sus crímenes. El sentimiento de terror se habia debilitado ya, y conservaba en el acto de sumision que se exigia de ella, toda la altivez de su carácter: se acusó francamente sin paliar los hechos ni solicitar indulgencia.

Al dia siguiente se remitieron á San Petersburgo por un correo militar el escrito de Varinka y la relacion del General. El emperador Pablo I se conmovió vivamente con la carta de Varinka, y tomó sus medidas.

La sentencia estaba concebida en estos términos:

«El párroco, por haber faltado al secreto de la confesion, será desterrado á la Siberia, y privado de las funciones del sacerdocio. Su esposa irá con él: es culpable por no haber respetado el carácter de ministro de Dios. La niña Arina no podrá abandonar á sus padres.»

«Annouschka irá tambien á la Siberia, por no haber puesto en noticia de su amo la conducta de Varinka.»

«Conservo al General en toda su estimacion: le compadezco, y me aflijo con él del golpe mortal que acaba de recibir.»

«En cuanto á Varinka, no conozco pena alguna que se la deba imponer. Solo veo en ella la hija

de un valiente militar, cuya vida estuvo siempre consagrada al servicio de su pais. Ademas, las circunstancias extraordinarias que mediaron para el descubrimiento del crimen, la colocan fuera de los límites de mi justicia: á ella misma encargo su castigo. Si he comprendido su carácter, si le quedan algunos buenos sentimientos, su corazon le enseñará el camino que debe seguir.»

Las órdenes del Emperador se ejecutaron escrupulosamente. El párroco y su familia partieron para Siberia. A los dos dias de la llegada del correo desapareció Varinka: su padre recibió una carta en que le decia que no pudiendo sufrir el peso de su vergüenza, se

retiraba á un monasterio para expiar su falta é implorar el perdon del cielo.

El General, no pudiendo sufrir ni su afrenta ni la separacion de su hija , murió á los tres meses.

Cuatro años despues de estos acontecimientos, las campanas del monasterio donde se habia refugiado Varinka , anunciaron su muerte. Espiró sostenida y consolada por esta religion divina , cuyos principios habia ignorado en su juventud.

HISTORIA TRÁGICA 19.^a



EL

ESGLAVO MORO,

Ó CRUELDAD

SOBRE CRUELDAD.